

«Que todos sean uno para que el mundo crea»

(Jn 17,21)

CARTA PASTORAL A LOS SACERDOTES EN EL JUEVES SANTO



✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo y Primado de España

800
CATEDRAL
DE TOLEDO

XXVI SÍNODO DIOCESANO
TOLEDO 2025-2028



CARTA PASTORAL

**A LOS SACERDOTES
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO
EN EL JUEVES SANTO**

**«Que todos sean uno
para que el mundo crea»
(Jn 17,21)**

**✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España**

Arzobispado de Toledo

Portada: «Última Cena», grupo escultórico del altar del Transparente.

©S. I. Catedral Primada.

D. L. TO 90-2026.

Marzo de 2026.

ÍNDICE

Introducción.....	5
Primera parte: Escucha.....	7
1. La importancia de la escucha.....	7
2. Compasión realista.....	9
3. Paciencia y respeto por los procesos.....	10
Segunda parte: Reconocimiento.....	12
1. El reconocimiento: descubrir al otro como misión.....	12
2. El reconocimiento y la amistad sacerdotal.....	14
3. El reconocimiento en clave de sinodalidad.....	15
Tercera parte: La comunión.....	17
1. Comunión con Dios.....	17
2. Comunión entre nosotros.....	18
3. Comunión que evangeliza.....	19
Cuarta parte: Santidad.....	20
1. Llamados a la santidad.....	21
2. «Presumo de mis debilidades».....	22
3. Humildesantidad encamino.....	24
4. ¿Perfección humana?.....	24
5. Enfermedades físicas y mentales.....	26
6. «Los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo».....	27
7. Debilidades morales y pecados.....	28
8. La humildad y la fecundidad del abajamiento.....	29
Conclusión.....	30
 Anexo I. Carta Apostólica «Una fidelidad que genera futuro», del Santo Padre León XIV.....	 33
Anexo II. Discurso del Santo Padre León XIV a las comunidades de cuatro Seminarios españoles: Alcalá de Henares, Toledo, Interdiocesano de Cataluña y Cartagena.....	 49

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos sacerdotes:

Escribo estas líneas con el corazón puesto en cada uno de vosotros, desde la experiencia compartida del ministerio, con sus luces y sus cansancios, sus alegrías y sus noches silenciosas.

Deseo situarme con vosotros en el Cenáculo, allí donde el Señor elevó al Padre su oración sacerdotal (cf. Jn 17). No es un texto más del Evangelio; es el corazón abierto de Cristo. Es la confianza del Hijo al Padre antes de entregar la vida. Es la oración del Sacerdote por sus sacerdotes.

«Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros» (Jn 17,11).

En esa súplica estamos nosotros. Nuestro nombre está pronunciado allí. Nuestro ministerio está envuelto en esa intercesión. Y desde esa oración brota el sentido más profundo del acompañamiento sacerdotal: custodiar la unidad, generar comunión, aprender a escuchar y a dejarnos escuchar, reconocer y reconocernos necesitados, acompañar y dejarnos acompañar.

En este proceso en el que está inmersa nuestra diócesis por la gracia del Sínodo Diocesano quisiera que reflexionáramos sobre cómo el acompañamiento es el modo de evangelizar y de vivir el sacerdocio. Me gustaría hacer estas consideraciones desde la carta Apostólica que el Papa León XIV nos ha regalado con el motivo del 60 aniversario de los documentos conciliares del Vaticano II: *Optatam Totius* y *Presbiterorum Ordinis*. *«Una fidelidad que genera futuro es a lo que*

los presbíteros están llamados también hoy, en la conciencia de que perseverar en la misión apostólica nos ofrece la posibilidad de interrogarnos sobre el futuro del ministerio y de ayudar a otros a percibir la alegría de la vocación presbiteral» (León XIV, Una fidelidad que genera futuro, 2025).

Nos sigue diciendo el Papa León XIV que los documentos conciliares *«se fundamentan sólidamente en la comprensión de la Iglesia como el Pueblo de Dios que peregrina en la historia y constituyen un hito fundamental de la reflexión acerca de la naturaleza y la misión del ministerio pastoral, así como de la preparación para el mismo, conservando con el paso del tiempo una gran frescura y actualidad»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

En esta noche santa tengo presente a cada uno de vosotros sacerdotes y a nuestro seminario menor y mayor, semillero fecundo de vocaciones y vida sacerdotal. Agradecido a Jesús Sumo Sacerdote por los frutos y la historia de nuestro seminario menor en sus cien años de vida.

La constante de la vida sacerdotal desde el inicio de la llamada, la vocación hasta una vida sacerdotal plena identificada con Jesucristo, es el amor maduro. *«Lo que importa no es simplemente haber sido ordenados, sino ser verdaderamente sacerdotes cada día; el ministerio no es un título, sino una transformación constante del corazón»* (León XIV, *Mensaje para la Jornada de Santificación Sacerdotal, 27 de junio de 2025*).

Estas palabras nos colocan ante lo esencial. No basta con ejercer funciones. Hemos de dejarnos transformar. Y esa transformación pasa por la experiencia del acompañamiento.

Quiero proponeros, desde mi propia oración, experiencia y teniéndolos presentes, cuatro grandes aspectos, para que vivamos la gracia del acompañamiento en nuestro presbiterio:

1. Escucha.
2. Reconocimiento
3. Comunión.
4. Santidad.

PRIMERA PARTE

Escucha

«Padre Santo, guárdalos en tu nombre» (Jn 17,12)

El primer momento del acompañamiento es la escucha. No hay verdadero acompañamiento sin una escucha humilde, paciente, orante y profundamente respetuosa.

Jesús, antes de enviarnos, ora. Antes de hablar, escucha al Padre. En la oración sacerdotal descubrimos que todo su ministerio nace de esa relación filial.

Si nosotros no escuchamos a Dios, no sabremos escuchar a los hombres. Y si no escuchamos a los hermanos, tampoco estaremos escuchando verdaderamente a Dios.

1. La importancia de la escucha

Escuchar exige una profunda disponibilidad interior. No se trata simplemente de abrir el oído, sino de abrir el alma. La escucha sacerdotal nace del silencio habitado por Dios. Dios Trinidad que vive en lo íntimo de nosotros. Solo quien se deja alcanzar por la Palabra puede convertirse en espacio donde el otro descansa, se expresa y se siente comprendido. *«Un sacerdote que no escucha termina hablando solo. Y un sacerdote que no se deja escuchar termina endureciendo el corazón. La escucha es el primer acto de caridad pastoral»* (León XIV, *Encuentro con el clero diocesano*, 2025).

Hay una llamada a la conversión del corazón. El peligro de nuestro ministerio no es el trabajo excesivo, sino el endurecimiento interior. Podemos hacer muchas cosas y, sin embargo, haber dejado de escuchar. Podemos predicar mucho y, sin embargo, no haber permitido que nadie entre realmente en nuestra vida.

La escucha nos humaniza. Nos devuelve a la verdad de nuestra vocación. Nos recuerda que no somos protagonistas, sino servidores.

Escuchar es hacerse encontradizo. Es percibir el gesto discreto, la

mirada cansada, el silencio prolongado de un hermano sacerdote. Es comprender que detrás de cierta dureza puede haber soledad. Que detrás de cierta ironía puede haber desánimo.

Hacernos contradictorios es vivir con el corazón despierto. Es salir al paso, como el Buen Samaritano. Doy gracias a Dios por tantos sacerdotes que se gastan y desgastan preocupándose y ocupándose por los hermanos sacerdotes. ¡Esto no tiene paga humana! Su paga es la de la construcción de un presbiterio en el Amor. *«El sacerdote está llamado a ser hombre de comunión antes que hombre de proyectos. Su primera tarea no es organizar, sino custodiar corazones, comenzando por el propio»* (León XIV, *Discurso a los formadores y sacerdotes*, 2025).

Custodiar corazones. ¡Qué expresión tan hermosa y exigente! Custodiar el corazón del hermano sacerdote significa no juzgarlo con ligereza, no etiquetarlo, no reducirlo a sus límites o errores. Significa mirarlo como Cristo lo mira, sostenerlo en su fragilidad.

¡Cuánto necesitamos en nuestro presbiterio, en nuestros arciprestazgos, en nuestras comunidades, vivir desde esta atención! Necesitamos compartir la vida. Reconocer nuestras luchas y pedir ayuda sin miedo a ser malinterpretados.

Agradezco profundamente la atención silenciosa de tantos sacerdotes que viven esta llamada interior y profunda de ser samaritanos de otros sacerdotes. Aquellos que acompañan discretamente a quienes atraviesan una crisis. Aquellos que escuchan durante horas sin imponer soluciones. Que sostienen con la oración cuando no pueden hacer otra cosa.

Esa fidelidad escondida genera futuro. Un presbiterio donde los sacerdotes se escuchan es un presbiterio fuerte. Una diócesis donde los sacerdotes se acompañan es una diócesis fecunda. Una comunidad donde los pastores viven en comunión es una comunidad que cree. *«La fraternidad sacerdotal no es un complemento opcional del ministerio, sino su clima vital. Sin fraternidad, el sacerdote se enfría; con fraternidad, el Evangelio vuelve a arder»* (León XIV, *Homilía en la Misa Crismal*, 2025).

Que estas palabras resuenen en nosotros como llamada y promesa. En esta noche santa traigamos aquí el nombre de nuestros hermanos sacerdotes. Pensemos en aquel que está más solo. En aquel que está cansado. En aquel que atraviesa dudas. En aquel que sostiene silenciosamente tanto peso. Pronunciemos sus nombres en el corazón ante el Señor.

2. Compasión realista

No se trata de lástima, sino de compasión. La lástima mira desde arriba; la compasión se inclina y comparte. La lástima mantiene distancia; la compasión se acerca y se deja afectar. Para nosotros, sacerdotes, esta diferencia es decisiva. Cuántas situaciones, queridos hermanos sacerdotes, son vividas desde un saber perder, poniéndonos en el lugar del otro. ¡Gracias!

Ponernos en el lugar del otro implica reconocer que su cansancio podría ser el mío, que su fragilidad no me es ajena, que su lucha interior no es extraña a mi propia historia. La compasión nace cuando dejamos de comparar y empezamos a comprender. Cuando dejamos de medir y comenzamos a acompañar.

A veces creemos que amar es resolver. Pero muchas veces el hermano no necesita soluciones rápidas, sino comprensión profunda. En el ministerio, la tentación de «arreglar» puede esconder impaciencia. Nos incomoda el sufrimiento del otro. Nos inquieta no tener respuestas claras. Nos cuesta aceptar procesos largos, ambiguos, llenos de sombras. Pero la verdadera caridad sabe permanecer. Esa permanencia es profundamente evangélica. Es la forma en que Cristo permaneció junto a sus apóstoles. En esta noche vivimos de Jesús que permanece. *«La fidelidad sacerdotal no consiste en la ausencia de dificultades, sino en la decisión renovada de permanecer, incluso cuando no se ven resultados inmediatos. Permanecer es el primer acto de esperanza»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Qué importante es esto para nuestro acompañamiento fraterno. No acompañamos para obtener resultados rápidos. Acompañamos

porque creemos en la gracia que actúa. *«El sacerdote no está llamado a ser un solucionador de problemas, sino un testigo de la paciencia de Dios. Allí donde el mundo exige eficacia inmediata, el ministro ordenado está llamado a custodiar procesos»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Custodiar procesos en el hermano sacerdote significa confiar en que el Señor sigue trabajando en él, incluso cuando nosotros no vemos avances claros. La compasión sacerdotal, vivida así, genera futuro. Un presbiterio donde los sacerdotes se sienten comprendidos es un presbiterio que resiste mejor las pruebas. Un sacerdote que sabe que puede compartir su fragilidad sin ser reducido a ella es un sacerdote que puede volver a levantarse con más libertad. *«No tengáis miedo de la fragilidad propia ni de la de vuestros hermanos. La fragilidad acogida se convierte en lugar de gracia; la fragilidad negada se convierte en aislamiento»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025). ¡Cuánto lo pido para nuestro presbiterio! Ésta es la tarea constante y el don inmerecido que el Señor quiere conceder.

Para nosotros, sacerdotes, esto exige una profunda humildad. Porque solo quien acepta su propia necesidad puede acompañar sin superioridad. La verdadera caridad sabe permanecer. Y esa permanencia silenciosa, fiel, paciente, es una de las formas más altas de amor sacerdotal.

3. Paciencia y respeto por los procesos

Escuchar implica respetar tiempos. Y esta afirmación, aplicada a nuestra vida sacerdotal, tiene una profundidad decisiva. Porque nosotros estamos acostumbrados a orientar, a discernir, a aconsejar, a predicar. Y sin embargo, en el acompañamiento —especialmente cuando es entre sacerdotes— el primer acto no es dirigir, sino respetar.

Respetar tiempos significa aceptar que el proceso interior de una persona no coincide con nuestro ritmo. La gracia actúa con delicadeza. La maduración espiritual no puede acelerarse artificialmente.

En el acompañamiento fraterno, no podemos forzar decisiones, ni

manipular procesos. La escucha auténtica nos sitúa en un lugar humilde: acompañamos, pero no sustituimos la conciencia del otro. El misterio es entre Dios y esa persona. Esta verdad nos descentra. Nos obliga a renunciar al protagonismo: confiar en la acción del Espíritu Santo más que en nuestra capacidad de análisis. *«El acompañamiento espiritual no es una forma de control, sino un acto de reverencia ante el misterio que Dios está realizando en el corazón del otro. Donde hay manipulación, deja de haber Espíritu»* (León XIV, *Encuentro con sacerdotes y directores espirituales*, 2025).

Reverencia. Esta palabra debería resonar profundamente en nosotros. *«No tengáis prisa por cerrar los procesos. La gracia no trabaja con cronómetros humanos. El sacerdote fiel aprende a esperar, porque sabe que el tiempo pertenece a Dios»* (León XIV, *Discurso a sacerdotes jóvenes*, 2025).

Cuántas veces la impaciencia puede disfrazarse de celo pastoral. Queremos que el hermano salga ya de su crisis, que decida ya, que cambie ya, que vea claro ya. Pero la claridad profunda no se impone; se recibe. Y a veces se recibe después de largos silencios, dudas, o noches interiores.

Acompañar no es dirigir una estrategia; es sostener una historia. *«La fidelidad sacerdotal se manifiesta también en la paciencia con los procesos ajenos. El pastor no arrastra al rebaño; lo guía caminando delante, pero respetando el paso de cada oveja»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Nosotros podemos ayudar a escuchar mejor esa voz, pero no podemos sustituirla. Cuando olvidamos esto, corremos el riesgo de crear dependencias. Y una dependencia espiritual puede ser muy dañina. El verdadero acompañamiento busca la libertad interior. Quiere que el hermano sea más libre ante Dios, no más dependiente de nosotros. *«Un buen acompañante se alegra cuando ya no es necesario. Si el otro crece en libertad y responsabilidad, el acompañamiento ha dado fruto»* (Homilía en la Jornada de Santificación Sacerdotal, 2025).

Escuchar respetando tiempos nos coloca en una actitud profundamente teologal. Es un acto de fe en la acción de Dios. Un acto de

esperanza en la obra del Espíritu. Y un acto de caridad que no invade, sino que sostiene.

Para nosotros, sacerdotes, esto es también una escuela de purificación interior. Nos ayuda a renunciar al deseo de controlar resultados. Nos libra del activismo espiritual. Nos enseña a confiar más en la gracia que en nuestras técnicas. Y, sobre todo, nos recuerda algo esencial: la salvación no depende de nuestra eficacia, sino de la fidelidad de Dios.

SEGUNDA PARTE Reconocimiento

«Yo les he dado la gloria que tú me diste» (Jn 17,22).

Hermano Sacerdote, nuestra vida sacerdotal, no está limitada a unas experiencias o unos años de compromiso, según vamos creciendo en el misterio reconocemos que nuestra vocación *«nace del encuentro personal con Cristo, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. Antes de todo compromiso, antes de toda buena aspiración personal, antes de todo servicio, está la voz del Maestro que llama: «Ven y sígueme» (cf. Mc 1,17). El Señor de la vida nos conoce e ilumina nuestro corazón con su mirada de amor (cf. Mc 10,21)»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025). Por ello, es muy importante que constantemente rectifiquemos y volvamos al amor primero. El amor primero no es otra cosa que el amor actual de Jesús en nosotros. Él no deja de estar y actuar.

1. El reconocimiento: descubrir al otro como misión

El reconocimiento no es una simple actitud, es un misterio que contemplar. Reconocer al hermano sacerdote significa descubrir en él una misión confiada por Dios. Lo miro como alguien en quien el Señor está obrando y a quien el Señor me confía.

Esta conciencia transforma nuestra manera de vivir el presbiterio. El hermano sacerdote no es accesorio en mi ministerio. Es parte del designio de Dios para mi santificación y para la fecundidad de la Iglesia. Cada sacerdote que el Señor ha puesto en mi presbiterio es una palabra de Dios para mí. *«Cada sacerdote es una historia sagrada en proceso. No lo miréis solo desde su función, sino desde la misión que Dios está realizando en él»* (León XIV, *Encuentro con sacerdotes*, 2025).

Historia sagrada en proceso. Esta expresión nos invita a cambiar la mirada. Porque a veces miramos al hermano desde su carácter, su estilo, sus limitaciones, sus aciertos o desaciertos pastorales. El reconocimiento nos pide ir más allá. Nos pide contemplar el misterio de Dios actuando en su historia concreta.

Lo miramos con reverencia. Y en esa reverencia descubrimos algo decisivo: incluso su fragilidad puede ser lugar de gracia. *«La esperanza para el mañana de la Iglesia nace cuando los sacerdotes aprenden a mirarse con misericordia y verdad, reconociendo que la fragilidad compartida puede convertirse en espacio de gracia»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Esta mirada cambia el corazón. Donde antes podía haber comparación, ahora hay gratitud. Donde podía haber juicio, ahora hay comprensión. *«El sacerdote no camina solo hacia la santidad. Su fidelidad sostiene la de sus hermanos, y la comunión sacerdotal es ya anuncio de esperanza para el pueblo»* (León XIV, *Encuentro con el clero diocesano*, 2025).

Reconocer es, por tanto, entrar en una lógica de comunión. El Señor ha querido salvarnos y santificarnos en un presbiterio, en una comunión concreta, con nombres y rostros concretos. Cuando vivimos así, la fragilidad del hermano deja de ser escándalo para convertirse en llamada a la caridad. Su diferencia deja de ser amenaza para convertirse en riqueza. *«El futuro no se construye con sacerdotes perfectos, sino con sacerdotes que se reconocen mutuamente como don y se sostienen en la esperanza»* (León XIV, *Una esperanza que genera futuro*, 2025).

Somos hombres llamados, sostenidos por la gracia y enviados en comunión. Dios puede hablarme a través del hermano sacerdote. Incluso a través de su corrección, de su estilo diferente, de su sensibilidad pastoral distinta. El reconocimiento abre el corazón a la escucha y rompe el aislamiento interior. Cuando vivimos desde esta mirada, el presbiterio deja de ser simplemente una estructura funcional y se convierte en un espacio espiritual donde el Señor sigue formando nuestros corazones.

2. El reconocimiento y la amistad sacerdotal

El reconocimiento auténtico no se queda en una idea elevada ni en una convicción teórica. Se concreta. Toma forma. Se vuelve carne en la amistad sacerdotal. El Señor me lo confía no solo para trabajar juntos, sino para caminar juntos. El hermano sacerdote es el modo concreto en que Dios quiere santificarme y hacer fecunda la Iglesia.

Ese reconocimiento auténtico se concreta en la amistad sacerdotal. No una amistad superficial o meramente funcional —basada solo en tareas compartidas o afinidades—, sino una amistad nacida del sacramento compartido. Una amistad que brota del mismo altar, del mismo «sí», de la misma consagración.

La amistad sacerdotal es una necesidad espiritual. Es el espacio donde podemos ser verdaderos, hablar sin máscaras, compartir luchas sin miedo a perder autoridad. *«La fraternidad sacerdotal no es un sentimiento opcional, sino una dimensión constitutiva del ministerio. Un sacerdote solo se debilita; un presbiterio unido se fortalece»* (León XIV, *Misa Crismal*, 2025).

La fraternidad no es añadida al sacerdocio: brota de él. Porque hemos sido ordenados no como individuos aislados, sino incorporados a un presbiterio, a una comunión concreta. Reconocer al otro es abrirle la puerta de mi vida. Es permitir que entre en mis alegrías y también en mis cansancios. *«La fidelidad no se sostiene en aislamiento. Se alimenta en la comunión concreta, en la amistad sincera, en la corrección fraterna vivida con caridad»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

La fidelidad sacerdotal necesita rostro. Necesita tiempo compartido. No se fortalece solo en la soledad del despacho o en la actividad incesante, sino también en el encuentro sencillo, en la comida compartida, en la visita fraterna, en la oración común.

La amistad sacerdotal nace cuando empezamos a compartir de verdad. Hay muchos modos en que el hermano sacerdote puede tomar parte de mi vida: interesarse por mis preocupaciones, conocer mis proyectos, escuchar mis dudas, acompañar mis decisiones. Tantas heridas que podrían sanar si dejáramos entrar al otro con confianza. *«No tengáis miedo de mostrar vuestra verdad ante vuestros hermanos. La transparencia fraterna no debilita la autoridad; la purifica y la hace creíble»* (León XIV, *Encuentro con sacerdotes jóvenes*, 2025).

Si cultiváramos más esta amistad sacerdotal muchas situaciones serían saldadas. No se trata de invadir la intimidad del otro, sino de ofrecer la propia con libertad y prudencia. No se trata de dependencia, sino de comunión. *«El futuro de la Iglesia pasa por presbiterios que se reconocen como hermanos. Donde hay comunión sacerdotal, nace esperanza; donde hay aislamiento, se debilita el testimonio»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Un sacerdote que sabe que puede apoyarse en sus hermanos afronta de otro modo las crisis. Un presbiterio que se sostiene mutuamente resiste mejor las pruebas. Cuando vivimos así, la amistad sacerdotal deja de ser un complemento agradable y se convierte en una dimensión esencial de nuestra identidad. Se convierte en signo visible de que Cristo sigue uniendo corazones en torno a su sacerdocio.

3. El reconocimiento en clave de sinodalidad

Hoy la Iglesia nos llama a caminar en sinodalidad. Y nuestra Archidiócesis nos invita, con insistencia evangélica, a entrar en estas claves que no son novedad improvisada, sino expresión viva de lo que siempre ha sido la Iglesia: comunión, participación y misión. Sin embargo, hoy adquieren una urgencia especial por la profunda secularización que atraviesa nuestro mundo, por la fragmentación cultural y por la

tentación constante del individualismo.

La sinodalidad no es primero un método organizativo ni un proceso administrativo. Es una actitud del corazón. Es una conversión interior. Es aprender a caminar juntos desde el reconocimiento mutuo.

No hay caminar juntos si no nos reconocemos mutuamente como necesarios. No hay escucha real si no aceptamos que el Espíritu puede hablar a través del otro. No hay discernimiento auténtico si creemos que nuestra mirada agota la voluntad de Dios. *«La sinodalidad comienza cuando el sacerdote reconoce que no es dueño exclusivo del discernimiento. El Espíritu Santo actúa en todo el Pueblo de Dios»* (León XIV, *Encuentro con sacerdotes y formadores*, 2025).

Estas palabras nos sitúan ante una purificación interior. Porque a veces, casi sin darnos cuenta, podemos actuar como si el discernimiento estuviera concentrado únicamente en nuestra capacidad de análisis. La sinodalidad nos recuerda que el Espíritu no está encerrado en nosotros; precede, acompaña y supera nuestro ministerio.

Reconocer al hermano sacerdote en clave sinodal significa valorar sus carismas, respetar sus sensibilidades, integrar sus aportaciones. Significa comprender que la diversidad no es amenaza, sino riqueza. La sinodalidad no diluye la identidad sacerdotal; la purifica. Nos recuerda que somos servidores de un Cuerpo más grande que nosotros. *«El futuro de la Iglesia no se construye desde individualismos pastorales, sino desde una comunión que escucha, discierne y decide unida»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

Esta afirmación es profundamente actual. En un contexto cultural donde prima la autosuficiencia y la opinión individual, la Iglesia está llamada a mostrar otra lógica: la del discernimiento compartido, la de la escucha humilde, la de la comunión misionera.

«La unidad del presbiterio no consiste en la uniformidad de opiniones, sino en la comunión de corazones. Donde hay caridad y respeto, la diversidad se convierte en riqueza» (León XIV, *Encuentro con el clero diocesano*, 2025). Todos compartimos el mismo sacerdocio de Cristo. Todos hemos sido ungidos para servir al mismo Señor y al mismo Pueblo de Dios.

La sinodalidad, vivida así, es profundamente sacerdotal. No es una amenaza para nuestra identidad; es una expresión madura de ella. Porque el sacerdote, configurado con Cristo Cabeza y Pastor, no domina el Cuerpo, sino que lo sirve. No absorbe todos los carismas, sino que los reconoce y los integra.

Caminar en sinodalidad es, por tanto, un acto de esperanza. Es creer que el Espíritu sigue guiando a la Iglesia. Es confiar en que la escucha compartida produce luz. Es aceptar que la misión es más grande que nosotros y que nadie la puede sostener solo.

La sinodalidad no es una moda eclesial. Es una forma concreta de vivir la comunión por la que Cristo oró: «Que todos sean uno». Y cuando esa unidad se hace visible en nuestro caminar juntos, entonces se convierte en signo de esperanza. Una esperanza que no es ingenuidad, sino fidelidad compartida.

TERCERA PARTE

La comunión

«Conságralos en tu nombre». «Que todos sean uno»

La oración sacerdotal de Cristo —«Que todos sean uno» (Jn 17,21)— no es un añadido espiritual, sino la revelación del deseo más profundo del corazón del Señor. En esa oración culmina todo: su misión, su entrega, su identidad.

La oración sacerdotal culmina en la unidad. Y por eso el reconocimiento no tiene otro fin que la comunión. Acompañamos para generar comunión: comunión con Dios, comunión entre nosotros y comunión que evangeliza.

1. Comunión con Dios

Nuestra primera fidelidad es a la vida interior. Si descuidamos la oración, el acompañamiento se convierte en técnica. Si descuidamos la adoración, la pastoral se vuelve activismo.

El sacerdote no es un gestor; es un hombre tomado por Dios para llevar a los hombres a Dios. Sin vida interior, nuestro acompañamiento pierde profundidad. *«El primer servicio que el sacerdote ofrece al mundo es su oración. Si el corazón del pastor se vacía de Dios, sus palabras se vacían de vida»*. (León XIV, *Encuentro con el clero*, 2025).

La comunión con Dios no es un complemento del ministerio: es su fuente. Es en la adoración donde aprendemos a respetar el misterio del otro. Es en la Eucaristía donde comprendemos que no somos protagonistas, sino instrumentos. Es en el silencio donde se purifica nuestra intención. *«La fidelidad sacerdotal nace en el secreto del diálogo con Dios. Sin esa intimidad perseverante, el ministerio se convierte en peso; con ella, se convierte en don»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

La comunión con Dios nos libra del activismo y del cansancio estéril. Nos recuerda que la fecundidad no depende de la cantidad de actividades, sino de la profundidad de la unión con Cristo. Cuando el sacerdote vive así, su sola presencia evangeliza. Porque transmite paz.

2. Comunión entre nosotros

Un presbiterio unido es un signo profético. En un mundo fragmentado, polarizado y dividido, la fraternidad sacerdotal es una proclamación silenciosa del Evangelio. Cuando los sacerdotes se reconocen, se respetan y se sostienen, la Iglesia se fortalece desde dentro.

La fraternidad no es sentimentalismo. No es simpatía espontánea ni afinidad de carácter. Es decisión. *«La comunión sacerdotal no es un ideal romántico; es una condición para la fecundidad apostólica. Donde los sacerdotes se aman, el pueblo percibe la presencia de Cristo»* (León XIV, *Homilía en la Misa Crismal*, 2025).

No se trata solo de llevarnos bien; se trata de hacer visible a Cristo. La unidad del presbiterio es sacramentalmente significativa. Es signo de la unidad del Buen Pastor con su Iglesia. *«Un sacerdote aislado corre el riesgo de endurecerse; un sacerdote que camina con sus hermanos aprende a perdonar, a corregirse y a crecer»* (León XIV, *Una*

fidelidad que genera futuro, 2025).

La comunión entre nosotros implica también humildad. Implica aceptar que no lo sabemos todo. Que necesitamos consejo. Implica también corrección fraterna. No como juicio, sino como acto de amor. Cuando vivimos así, el presbiterio deja de ser una estructura administrativa y se convierte en una verdadera familia espiritual.

3. Comunión que evangeliza

La unidad no es un valor interno sin consecuencias externas. Es profundamente misionera. La comunión evangeliza. El mundo no se convence solo con discursos; se convence con signos. Y uno de los signos más poderosos es la unidad vivida en la diversidad.

Cuando un sacerdote permanece fiel en lo pequeño, cuando acompaña sin cansarse, cuando escucha sin prisa, cuando ama sin buscar reconocimiento, está construyendo un futuro que quizá no verá, pero que será real. *«El futuro de la Iglesia no se improvisa; se siembra en la fidelidad cotidiana de los sacerdotes que permanecen en su puesto, aun cuando no vean frutos inmediatos»* (León XIV, *Una fidelidad que genera futuro*, 2025).

La comunión que evangeliza no se construye en grandes gestos espectaculares, sino en la constancia humilde. En la perseverancia silenciosa. En la capacidad de permanecer incluso cuando hay cansancio o incomprensión. *«No temáis la pequeñez de vuestras comunidades, ni la fragilidad de vuestro tiempo. Si permanecéis unidos y fieles, el Espíritu hará germinar esperanza donde otros solo ven límite»* (León XIV, *Encuentro con el clero diocesano*, 2025).

La unidad es evangelizadora porque revela que Cristo está vivo. La fidelidad genera futuro porque la gracia nunca se pierde. Cuando un presbiterio vive en comunión con Dios, en fraternidad sincera y en misión compartida, se convierte en semilla de esperanza para la Iglesia y para el mundo. Y así, la oración de Jesús —«Que todos sean uno»— deja de ser solo una súplica del pasado y se convierte en una realidad visible en nuestro tiempo.

CUARTA PARTE
Santidad

«Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10)

En este Jueves Santo, «el día en que Cristo confirió su sacerdocio a los apóstoles y a nosotros» –como nos proclama gozosamente la Misa Crismal–, he sentido la necesidad de compartir con vosotros estas reflexiones acerca de nuestra condición pobre y pecadora que es asumida misteriosamente por el único Sacerdote para constituirnos en signos personales suyos, como nos recuerda la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*: «Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor» (15).

Efectivamente, Jesucristo Sacerdote nos asume por la ordenación y nos convierte en sacramentos personales de Sí mismo, de modo que actuamos en Su persona, no en la nuestra; de modo que nuestro barro ungido por el Espíritu Santo se convierte en sacramento viviente de Cristo Sacerdote Único.

Sí, nuestro barro, nuestra condición humana pobre y débil, se convierte por la ordenación en presencia sacramental de Cristo Sacerdote. Podemos aplicar análogamente a nuestra ordenación la verdad de fe sobre la Encarnación del Hijo de Dios, por la que se hace Sacerdote en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo: «Sin dejar de ser lo que era, empezó a ser lo que no era». Sin dejar de ser Dios verdadero, empezó a ser Hombre verdadero, igual en todo a nosotros excepto en el pecado.

De nuestro sacerdocio y de nosotros, sacerdotes, puede decirse algo parecido: sin dejar de ser hombres, débiles, limitados, pecadores, empezamos a ser sacramentos vivientes del Sumo y Eterno Sacerdote. Como nos recuerda san Pablo, «llevamos este tesoro en vasijas de barro» (2 Co 4, 7). Y es que el poder divino que obra por medio de nosotros «es de Dios y no procede de nosotros» (id.). Somos colaboradores, siervos inútiles, enviados en nombre de Cristo para hacerle presente. En una humanidad pobre y débil se hace presente la fuerza

de Cristo. Pero ¿cómo entender y vivir esta relación entre la debilidad humana y la fuerza divina que conviven en nosotros? ¿Qué relación tienen entre sí? ¿Se influyen recíprocamente? Me parece que se trata de algo muy importante.

Por esto estimo oportuno ofreceros estas reflexiones sobre este misterio que debe sobrecogernos y llenarnos de gratitud; pero que a la vez debe impulsarnos a una transformación personal, a dejar que el Espíritu Santo nos haga vivir cada vez más conforme a lo que somos según el plan amoroso del que nos eligió y nos consagró.

1. Llamados a la santidad

Pastores dabó vobis reafirma la llamada a la santidad de los sacerdotes; recordando las afirmaciones del Decreto conciliar sobre la vida y el ministerio de los presbíteros, expone de nuevo con total claridad la vocación sacerdotal como vocación a la santidad «con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del Orden» (PDV 19). Si todos los cristianos estamos llamados a ser «santos e inmaculados» (Ef 1, 4) por el Amor eterno del Padre en Cristo, los sacerdotes estamos llamados también por el sacramento del Orden y según su modo propio. Pero además la Exhortación vincula a la santidad del sacerdote la fecundidad y el fruto de nuestro ministerio:

«En particular, la mayor o menor santidad del ministro influye realmente en el anuncio de la Palabra, en la celebración de los Sacramentos y en la dirección de la comunidad en la caridad. Lo afirma con claridad el Concilio: «La santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio» (PDV 25).

Además nos dice que los sacerdotes debemos reflejar en nuestra humanidad la «perfección humana» de Cristo (PDV 43). Parece inalcanzable: ser santos y perfectos como el Padre celestial (Mt 5,48) y reflejo de la perfección del mismo Cristo. Podríamos dejarnos invadir

por el escepticismo ante Palabras como éstas: imposible, inimitable, ideal irrealizable... Como también podríamos angustiarnos y creer que es cuestión de empeño y esfuerzo, de fuerza de voluntad y tesón...

2. «Presumo de mis debilidades»

Encontramos en la Palabra de Dios afirmaciones claras sobre la coexistencia de la debilidad humana junto a la acción divina, como este texto maravilloso de san Pablo en la segunda carta a los corintios (12, 7-10):

«Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espiná en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».

Es preciso preguntarse a qué «debilidades» se refiere san Pablo cuando afirma que «presume» de ellas y que así en él «residirá la fuerza de Cristo». Si no, corremos el riesgo de malinterpretarlo metiendo en el mismo saco todo lo que nos parezca o sea «debilidad». Podríamos pensar entonces que toda debilidad humana, sea cual sea y como sea, puede coexistir en paz con la gracia divina, sin amenazarse la una a la otra; o, entendiendo el texto paulino superficialmente, justificar todas nuestras debilidades pensando que, cuantas más debilidades tengamos, de todo tipo, más actuará en nosotros la fuerza divina.

Así pensaríamos que las debilidades del sacerdote, aunque fueran pecados y debilidades morales, en lugar de ser rechazadas o excluidas, hubieran de ser objeto de gloria y contento: no haría falta luchar contra ellas sino, por el contrario, aceptarlas con alegría y permanecer en ellas

«a gusto». Pero no es éste el sentido de la Palabra divina, no quiere decirnos que se justifique el mal y le permitamos sin oposición campar a sus anchas en nuestras vidas. Lo decía ya san Pablo cuando en la carta a los romanos, después de referirse a la gracia que sobreabunda «donde abundó el pecado» (Rom 5, 20), se pregunta: «¿Qué diremos, pues? ¿Permanezcamos en el pecado para que abunde la gracia? De ningún modo» (6, 1-2).

¿Cómo entenderlo entonces? ¿Qué debilidades nos permiten recibir «la fuerza de Cristo»? ¿Debemos tratar de ser perfectos o conformarnos con ser imperfectos?, ¿santos o pecadores? Pienso que puede darnos luz el comentario de santo Tomás de Aquino al texto de san Pablo:

El primer origen de todo pecado es la soberbia... Ahora bien, la soberbia aparta de Dios, porque la soberbia es el apetito desordenado de la propia excelencia... Y como en los bienes está de manera máxima la materia de tal vicio, el de la soberbia, porque su materia es el bien, a veces permite Dios que sus elegidos se vean privados, por alguna parte suya, por enfermedad, o por algún defecto, y aun a veces por un pecado mortal, de tal bien, para que así por este motivo se humillen cuanto por aquella flaqueza no se ensoberbezcan, y así humillado reconozca el hombre que no puede ponerse en pie con sus solas fuerzas... Así es como el Apóstol tenía una grande materia por la cual ensoberbecerse...: por todo esto Dios le proporcionó el remedio, no fuera a ser que se levantara con soberbia...

Ahora bien, ese ángel o es enviado por Dios o permitido, pero es de Satanás, porque la intención de Satanás es que se rebele; y la de Dios es que se humille y quede aprobado. Tema el pecador, puesto que siendo el Apóstol vaso de elección no estaba seguro. Ahora bien, el Apóstol trabajaba por librarse haciendo a un lado tal aguijón. Y por ese objeto oraba...

No sabemos exactamente en qué consistía aquel «aguijón», aquella «espinas en la carne» de san Pablo. En el texto citado, santo Tomás,

extendiéndolo a todos los «elegidos», se refiere a enfermedades, defectos e incluso a las debilidades morales, a los pecados. Y lo hace en referencia al peligro de la soberbia que acecha al que hace el bien, exponiendo cómo Dios puede permitir, para que no se engría en sus bienes y sus virtudes, que se vea «privado» «por enfermedad, o por algún defecto» y también que sea tentado con gran fuerza e incluso que caiga. Dios prefiere la humildad del imperfecto al orgullo del perfecto. Dios prefiere la humildad del pecador y no la soberbia del virtuoso. Para llevarnos a la humildad Dios se sirve de nuestras debilidades.

3. Humilde santidad en camino

Sí, Dios prefiere la humildad del pecador a la soberbia del virtuoso; pero para Él es más preferible aún —y es el don que Dios quiere concedernos en nuestro sacerdocio— la humildad del virtuoso. Tenemos el ejemplo claro de la Santísima Virgen: la menos pecadora y la más humilde, la Inmaculada consciente de su «pequeñez». La verdadera humildad es la de los santos, en primer lugar la Virgen Santísima. Los pecadores tienen que aprenderla, los santos la viven. Empieza a ser humilde el pecador que se arrepiente y pide perdón; crece en la humildad el que hace lo posible por no pecar y agradece al Padre celestial que no le deje caer en la tentación, como pedimos en la oración que Cristo nos enseñó.

Caminemos con humildad hacia la santidad, pues Dios nos ha destinado en Cristo desde antes de la creación del mundo a ser «santos e intachables ante él por el amor» (Ef 1, 4). La llamada al sacerdocio no significa que tengamos que ser ya santos, pero sí que queramos serlo, que lo esperemos de Aquel que nos llamó para llevar a término en nosotros la obra buena que comenzó.

4. ¿Perfección humana?

Os he recordado al inicio de esta carta que también la Iglesia en su Magisterio nos dice que, como sacerdotes, debemos reflejar la «perfección humana» de Cristo (PDV 43). Es una altísima vocación pero es

preciso entenderla bien. Nosotros somos pobres hombres y Cristo es el Hombre perfecto en todos los sentidos.

Que estemos llamados a reflejar esta perfección humana de Cristo no significa que tengamos que ser superhombres que poseen cualidades eximias, superdotados, que tengamos que valer para todo, que debamos tener personalidades sobresalientes, que dejemos boquiabiertos a quienes nos vean deslumbrados por nuestra valía humana. San Pablo escribe a los corintios:

«Y si no, fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor» (1 Co 1, 26-29).

No tenemos que ser superhombres, ni pretenderlo: no lo somos. Basta con que tengamos las cualidades naturales suficientes, como el Cura de Ars; las que la Iglesia nos pide para ordenarnos, para que podamos ejercer nuestro ministerio con normalidad: que seamos hombres normales, por tanto con limitaciones y hasta con defectos.

Me gusta y me ayuda la comparación con las especies sacramentales de la Misa: no hace falta, para que sea consagrado, que el vino sea de suprema calidad, que sea exquisito, que sea el mejor vino del mundo; basta con que sea vino. Y lo que nos importa entonces es que haya sido consagrado, convertido en la Sangre de Cristo. Para comulgar basta eso. No nos preocupamos de la calidad del vino, sino de si está consagrado, porque es entonces cuando Cristo se hace realmente presente. Igualmente, no nos preocupamos de la calidad del vino de nuestra humanidad, como si nuestro sacerdocio dependiera de ella: lo que importa es que estamos consagrados, que somos sacramento viviente de Cristo Sacerdote.

Esto quiere decir que vivimos nuestra condición sacerdotal sin apoyarnos en las cualidades humanas que tenemos como si de ellas brotara la gracia divina para los hombres: como en la comunión eucarística, no entramos en más unión con Cristo cuanto mejores sean el pan y el vino. Si Dios nos dio cualidades, las ponemos a su servicio con humildad, sin valorarnos más por ellas, sin pensar que de ellas depende nuestra santificación ni la eficacia pastoral de nuestro ministerio. Y, respecto a nuestras limitaciones, respecto a cualidades que nos faltan —porque es imposible valer humanamente para todo—, sin lamentarnos y acomplejarnos por ello, sin creer que Dios obra a través de nosotros en proporción a la calidad de nuestra humanidad. No, nuestro sacerdocio no depende de la calidad de nuestro vino...

Es verdad que los documentos de la Iglesia sobre la vida de los sacerdotes y los candidatos al sacerdocio hablan de las necesarias virtudes «humanas»: prudencia, comprensión, compasión, libertad afectiva... Vemos en los santos sacerdotes que ellos las poseen en grado sumo, pero vemos que no brotan de la riqueza o sobreabundancia de sus cualidades sino de su humildad y caridad sinceras ante Dios y los hombres.

5. Enfermedades físicas y mentales

Habrà también en nuestra vida enfermedades que limiten nuestra capacidad de realizar actividades pastorales. Es ley de vida, como lo es también que estas limitaciones vayan creciendo con el paso de los años. La enfermedad y la vejez tampoco son para un sacerdote fuente de lamento y contrariedad, como si le incapacitasen para ser fecundo espiritualmente, como si la limitación natural causara una limitación espiritual. En realidad es al revés, como vemos en la vida de muchos santos sacerdotes: tanto más fecundos cuanto más limitados, enfermos o ancianos. No necesariamente fecundos en lo visible, pero sí, con toda seguridad, en lo invisible, que a veces se ve solo a largo plazo y que con seguridad solo se verá en el Cielo: cuántas conversiones han sido fruto de la vida crucificada en la enfermedad de santos sacerdotes.

Normalmente a la enfermedad le acompaña la soledad, el olvido, la inactividad: abrazadas con amor, porque son parte esencial de la Cruz, son también parte esencial de la fecundidad apostólica. Pongo ante vosotros y ante mí mismo un ejemplo solamente, el de san Maximiliano María Kolbe:

«La fecundidad del apostolado del padre Kolbe comenzó a manifestarse cuando él cayó gravemente enfermo y sus hermanos y superiores constataron que él ya no estaba en condiciones de trabajar. Cuando llegó al fondo de la escalera, rechazado y sin ninguna utilidad, cuando todos dejaron de esperar en él, cuando fue completamente despojado, entonces Dios se sirvió de él»¹.

Las enfermedades, sean físicas o psicológicas, deben ser objeto de terapia en lo posible: contad conmigo para ayudaros a encontrar las ayudas correspondientes. Pero, mientras se padecen, acogidas con fe y amor, son preciosas fuentes de las que brota la gracia para la Iglesia y para el mundo.

Los sacerdotes enfermos o ancianos, limitados en sus capacidades de acción, tanto física como mentalmente, son estimados como un tesoro por mí y el presbiterio, por la Iglesia, por Cristo mismo que los asocia de manera visible a su Cruz. Junto a otros muchos miembros dolientes de la Iglesia, prolongan en su carne «lo que falta a la Pasión de Cristo» (Col 1, 24) en favor de los hombres.

6. «Los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo»

San Pablo, en el texto citado al inicio, se refiere también a otro tipo de debilidades en la vida del cristiano, que no son raras en la vida de los pastores: podemos sufrir, y de hecho sufrimos a veces, «insultos, privaciones, persecuciones, dificultades» de muchos tipos. Podemos amargarnos por ellos, podemos considerarlos como «desgracias» y

¹ A. DAIGNEAULT, *El camino de la imperfección*, 35.

obstáculos a nuestra felicidad e incluso a nuestro ministerio. Sin embargo, es todo lo contrario: son «gracias», el don de la participación en el destino del Maestro, pues «un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo; ya le basta al discípulo con ser como su maestro y al esclavo como su amo. Si al dueño de casa lo han llamado Belzebú, ¡cuánto más a los criados!» (Mt 10, 24-25).

Las situaciones que describe san Pablo, si son «por Cristo», por anunciar fiel y valientemente el Evangelio, forman parte valiosa, muy valiosa, del misterio de la Redención. No deben desanimarnos, aunque, lógicamente, puedan dolernos; sin agresividad, sin desaliento, sin ceder a las tentaciones de huir, sin buscar compensaciones indebidas, debemos agradecerlas como participación en el destino de nuestro Salvador, colaboraciones preciosas en la Redención de los hombres.

7. Debilidades morales y pecados

Afirma la Escritura que el justo «cae siete veces» al día (Prov 24, 16); pero añade a continuación: «y se levanta». Somos pecadores y, «si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn 1, 8) y hacemos a Dios «mentiroso y su palabra no está en nosotros» (1 Jn 1, 10). Pero también el texto sagrado añade, intercalándolo entre los dos versículos citados: «Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia» (1 Jn 1, 9).

Somos pecadores, pobres y débiles pecadores. Esta debilidad de nuestra condición se convierte en ocasión de gracia mayor, pues donde abunda el pecado se ofrece una sobreabundancia de gracia. Pero, como recordé que nos dice san Pablo, no es la debilidad moral y el pecado sin más lo que causa tal sobreabundancia de gracia, sino el pecado humildemente reconocido y confesado, el pecado que es detestado con contrición, el que es presentado al Señor con arrepentimiento y esperanza, el que es combatido sinceramente: «Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: “Confesaré al Señor mi culpa”, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado» (Sal 32, 5).

Así pues, hay en nuestras vidas debilidades y pecados combatidos, no justificados; ante los que nos dolemos por amor a Cristo y deseamos suplicantes que se nos perdonen y sean vencidos por la gracia divina. Estos pecados indican que estamos en camino, que aún no hemos llegado a la meta a la que Dios nos llama en Cristo Jesús, la santidad. Los aceptamos con humildad mientras cambian, sin cansarnos de presentarlos al Señor, sin quererlos disculpar ni justificar, sin pretender quitarles la gravedad que tengan realmente. Solo entonces podemos cantar, como en la Vigilia Pascual: «Feliz la culpa...». El Salvador no ha venido a buscar «a los justos sino a los pecadores» (Lc 5, 32); pero afirma que ha venido a llamarlos «a que se conviertan» (id.).

Solo entonces podremos recibir las virtudes prometidas para ser buenos pastores según el Corazón de Jesucristo; pues solo entonces las virtudes se viven con humildad y gratitud, con la conciencia de que son un puro don que no merecemos y que podemos rechazar, que perderíamos en cuanto empezáramos a creernos sus dueños.

Si no, si los pecados son justificados y mantenidos, disculpados, pretendiendo vivir como si no existieran, justificándolos sin deseo ni esperanza de que cambien, entonces no podrían ser ocasión de gracia, pues indicarían, no que estamos en camino, sino que no queremos avanzar, que no amamos de verdad a Jesucristo. Nos llevarían a una doble vida inadmisibile. De estas debilidades no podríamos «presumir».

8. La humildad y la fecundidad del abajamiento

El fin de todo es la humildad. Si nos dejamos conducir a ella, todo servirá para nuestro bien; si no, aun el bien nos será ocasión de mal por el orgullo.

La humildad, aun sin las obras, expía muchos pecados; al contrario, las obras sin humildad no solo carecen de provecho, sino que incluso nos empujan a muchos males (Isaac de Nínive, Col I, 72).

La humildad, que —como decía santa Teresa de Jesús— «es andar en verdad», nos hace ver lo que somos ante Dios, que todo Bien procede de Dios y no de nosotros, que es Él el protagonista de nuestras virtudes y nuestras acciones pastorales. Le servimos a Él y a los hombres para Él, como «siervos inútiles» (Lc 17, 10). Como san Juan Bautista, que deja paso al Esposo para que los hombres se unan a Él, menguando humildemente ante los hombres para que crezca para ellos Cristo (cf. Jn 3, 30). Me parece que esta reflexión expresa la tentación del orgullo sacerdotal que nos puede acechar:

«¿Creéis que es fácil decir: «Venga a nosotros tu Reino»? ¿Lo decís? ¿No decimos más bien «Que yo haga que tu Reino venga»? Y si tu Reino viniera por otros que no sea yo, eso no me interesa mucho. ¡Que yo haga venir tu Reino! Y, si fuéramos al fondo de las cosas, eso quiere decir: «Que mi reino venga». Y como se trata de actividades apostólicas, esto quiere decir: «Que mi reino venga, Señor, por medio del tuyo». Tal como otros hacen llegar su reino a través de la literatura, de la política, de la gloria humana, yo lo hago llegar a través del apostolado»².

Cuando sabemos que no somos nada y no solo lo aceptamos, sino que lo amamos, y no nos duele que los demás lo vean sino que lo agradecemos, entonces podemos ser humildes servidores de la viña del Señor. Necesitados de Él, apacentados por Él, podemos ayudar a los que necesitan a Cristo a unirse a Él y apacentarlos en su Nombre. Como decía san Juan Damasceno, «Apaciéntame, Señor, y apacienta Tú conmigo».

En este Jueves Santo, quiero introducirlos a todos los sacerdotes del presbiterio y de toda la humanidad en el Cenáculo, en el Corazón Eucarístico de Jesús, junto a la Iglesia, a los Apóstoles, con Pedro y con María, Madre sacerdotal, realizando una llamada a «ponerse de rodillas» uniendo la invitación del papa Francisco en *Dilexissimos* («nos amó hasta el extremo») y con León XIV en *Dilexissimus* (la Redención solo

² Cit. en A. DAIGNAULT, *El camino de la imperfección*, 33-34).

la acogen los pobres) para dar gracias y vivir nuestra vida sacerdotal en la santidad con que el Corazón de Cristo nos soñó.

CONCLUSIÓN

Queridos hermanos:

Volvamos al Cenáculo. Escuchemos a Jesús orar por nosotros. No estamos solos. No sostenemos el ministerio por nuestras fuerzas.

El acompañamiento sacerdotal es participar en la oración de Cristo. Es custodiar la unidad. Es escuchar y dejarnos escuchar. Es acompañar y dejarnos acompañar.

Que nuestra fidelidad, vivida en comunión, genere futuro. Que nuestra escucha sane heridas. Que nuestra fraternidad sea testimonio.

Y que María, Madre de los sacerdotes, nos enseñe a vivir en esa unidad por la que Cristo oró.

Con afecto sincero, oración constante y bendición por cada uno de vosotros.

✠ Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo
Primado de España

En Toledo, a 19 de marzo de 2025

Solemnidad de San José.



CARTA APOSTÓLICA
«UNA FIDELIDAD QUE GENERA FUTURO»
DEL SANTO PADRE LEÓN XIV

CON MOTIVO DEL LX ANIVERSARIO
DE LOS DECRETOS CONCILIARES
OPTATAM TOTIUS Y PRESBYTERORUM ORDINIS

1. Una fidelidad que genera futuro es a lo que los presbíteros están llamados también hoy, en la conciencia de que perseverar en la misión apostólica nos ofrece la posibilidad de interrogarnos sobre el futuro del ministerio y de ayudar a otros a percibir la alegría de la vocación presbiteral. El sexagésimo aniversario del Concilio Vaticano II, que se celebra en este Año jubilar, nos brinda la ocasión de contemplar nuevamente el don de esta fidelidad fecunda, recordando las enseñanzas de los Decretos *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, promulgados respectivamente el 28 de octubre y el 7 de diciembre de 1965. Son dos textos nacidos de una única inspiración de la Iglesia, que se siente llamada a ser signo e instrumento de unidad para todos los pueblos e interpelada a renovarse, consciente de que «la anhelada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el espíritu de Cristo».¹

2. ¡No celebramos un aniversario de papel! Ambos documentos, en efecto, se fundamentan sólidamente en la comprensión de la Iglesia como el Pueblo de Dios que peregrina en la historia y constituyen un hito fundamental de la reflexión acerca de la naturaleza y la misión del ministerio pastoral, así como de la preparación para el mismo, conservando con el paso del tiempo una gran frescura y actualidad. Invito, por tanto, a continuar la lectura de dichos textos en el seno de las comunidades cristianas y a su estudio, particularmente en los Seminarios y en todos los ámbitos de preparación y formación para el ministerio ordenado.

3. Los Decretos *Optatam totius* y *Presbyterorum ordinis*, bien situados en el cauce de la Tradición doctrinal de la Iglesia sobre el sacramento del Orden, pusieron ante la atención del Concilio la reflexión sobre el sacerdocio ministerial y manifestaron la solicitud de la asamblea conciliar por los sacerdotes. El propósito era elaborar los presupuestos necesarios para formar a las futuras generaciones de presbíteros según la renovación promovida por el Concilio, manteniendo firme la identidad ministerial y, al mismo tiempo, evidenciando nuevas perspectivas que integraran la reflexión precedente, en la lógica de un sano desarrollo doctrinal.² Es necesario, por tanto, hacer de ellos una memoria viva, respondiendo a la llamada a acoger el mandato que estos Decretos han confiado a toda la Iglesia: revitalizar siempre y cada día el ministerio presbiteral, extrayendo fuerza de su raíz, que es el vínculo entre Cristo y la Iglesia, para ser, junto con todos los fieles y a su servicio, discípulos misioneros según su Corazón.

4. Al mismo tiempo, en los seis decenios transcurridos desde el Concilio, la humanidad ha vivido y sigue viviendo cambios que exigen una verificación constante del camino recorrido y una coherente actualización de las enseñanzas conciliares. Paralelamente, en estos años la Iglesia ha sido conducida por el Espíritu Santo a desarrollar la doctrina del Concilio sobre su naturaleza comunal según la forma sinodal y misionera.³ Con este propósito dirijo la presente Carta apostólica a todo el Pueblo de Dios, para reconsiderar juntos la identidad y la función del ministerio ordenado a la luz de lo que el Señor pide hoy a la Iglesia, prolongando la gran obra de actualización del Concilio Vaticano II. Propongo hacerlo a través de la perspectiva de la fidelidad, que es a la vez gracia de Dios y camino constante de conversión, para corresponder con alegría a la llamada del Señor Jesús. Deseo comenzar expresando gratitud por el testimonio y la entrega de los sacerdotes que, en todas partes del mundo, ofrecen su vida, celebran el sacrificio de Cristo en la Eucaristía, anuncian la Palabra, absuelven los pecados y se dedican día tras día con generosidad a los hermanos y hermanas, sirviendo a la comunión y a la unidad, y cuidando, en particular, de quienes más sufren y pasan necesidad.

Fidelidad y servicio

5. Toda vocación en la Iglesia nace del encuentro personal con Cristo, «que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».⁴ Antes de todo compromiso, antes de toda buena aspiración personal, antes de todo servicio, está la voz del Maestro que llama: “Ven y sígueme” (cf. Mc 1,17). El Señor de la vida nos conoce e ilumina nuestro corazón con su mirada de amor (cf. Mc 10,21). No se trata sólo de una voz interior, sino de un impulso espiritual que con frecuencia nos llega a través del ejemplo de otros discípulos del Señor y que toma forma en una elección valiente de vida. La fidelidad a la vocación, especialmente en el tiempo de la prueba y de la tentación, se fortalece cuando no olvidamos esa voz, cuando somos capaces de recordar con pasión el sonido de la voz del Señor que nos ama, nos elige y nos llama, confiándonos también al indispensable acompañamiento de quienes son expertos en la vida del Espíritu. El eco de esa Palabra es, con el paso del tiempo, el principio de la unidad interior con Cristo, que resulta fundamental e ineludible en la vida apostólica.

6. La llamada al ministerio ordenado es un don libre y gratuito de Dios. Vocación, en efecto, no significa constricción por parte del Señor, sino propuesta amorosa de un proyecto de salvación y libertad para la propia existencia que recibimos cuando, con la gracia de Dios, reconocemos que en el centro de nuestra vida está Jesús, el Señor. Entonces la vocación al ministerio ordenado crece como donación de sí mismos a Dios y, por ello, a su Pueblo santo. Toda la Iglesia ora y se alegra por este don con el corazón lleno de esperanza y gratitud, como expresaba el Papa Benedicto XVI al concluir el Año sacerdotal: «Queríamos despertar la alegría de que Dios esté tan cerca de nosotros, y la gratitud por el hecho de que Él se confíe a nuestra debilidad; que Él nos guíe y nos ayude día tras día. Queríamos también, así, enseñar de nuevo a los jóvenes que esta vocación, esta comunión de servicio por Dios y con Dios, existe; más aún, que Dios está esperando nuestro “sí”».⁵

7. Toda vocación es un don del Padre que pide ser custodiado con fidelidad en una dinámica de conversión permanente. La obediencia a la propia llamada se construye cada día mediante la escucha de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos —en particular en el Sacrificio Eucarístico—, la evangelización, la cercanía a los últimos y la fraternidad presbiteral, bebiendo de la oración como lugar eminente de encuentro con el Señor. Es como si cada día el sacerdote regresara al lago de Galilea —allí donde Jesús preguntó a Pedro «¿me amas?» (Jn 21,15)— para renovar su “sí”.⁶ En este sentido se comprende lo que *Optatam totius* indica respecto a la formación sacerdotal, deseando que no se detenga en el tiempo del Seminario (cf. n. 22), abriendo el camino a una formación continua, permanente, de modo que constituya un dinamismo de constante renovación humana, espiritual, intelectual y pastoral.

8. Por tanto, todos los presbíteros están llamados a cuidar siempre de la propia formación, para mantener vivo el don de Dios recibido con el sacramento del Orden (cf. 2 Tm 1,6). La fidelidad a la llamada, pues, no es inmovilidad ni cierre, sino un camino de conversión cotidiana que confirma y hace madurar la vocación recibida. En esta perspectiva, es oportuno promover iniciativas como el Congreso para la formación permanente de los sacerdotes, celebrado en el Vaticano del 6 al 10 de febrero de 2024, con más de ochocientos responsables de la formación permanente provenientes de ochenta naciones. Antes de ser esfuerzo intelectual o actualización pastoral, la formación permanente sigue siendo memoria viva y actualización constante de la propia vocación en un camino compartido.

9. Desde el momento mismo de la llamada y desde la primera formación, la belleza y la constancia del camino están custodiadas por la sequeña Christi. Todo pastor, en efecto, antes incluso de dedicarse a la guía del rebaño, debe recordar constantemente que él mismo es discípulo del Maestro, junto con los hermanos y hermanas, porque «a lo largo de la vida se es siempre “discípulo”, con el constante an-

helo de “configurarse” con Cristo». ⁷ Sólo esta relación de seguimiento obediente y de discipulado fiel puede mantener la mente y el corazón en la dirección correcta, a pesar de las dificultades que la vida puede depararnos.

10. En estas últimas décadas, la crisis de confianza en la Iglesia provocada por los abusos cometidos por miembros del clero —que nos llenan de vergüenza y nos llaman a la humildad— nos ha hecho aún más conscientes de la urgencia de una formación integral que asegure el crecimiento y la madurez humana de los candidatos al presbiterado, junto con una rica y sólida vida espiritual.

11. El tema de la formación resulta central también para afrontar el fenómeno de quienes, después de algunos años o incluso decenios, abandonan el ministerio. Esta dolorosa realidad, en efecto, no debe interpretarse sólo en clave jurídica, sino que exige mirar con atención y compasión la historia de estos hermanos y las múltiples razones que pudieron conducirlos a tal decisión. Y la respuesta que se ha de dar es, ante todo, un renovado compromiso formativo, cuyo objetivo es «un camino de familiaridad con el Señor que involucra a toda la persona: el corazón, la inteligencia, la libertad, y la moldea a imagen del Buen Pastor». ⁸

12. En consecuencia, «el seminario, sea cual sea su modalidad, debe ser una escuela de los afectos, [...] necesitamos aprender a amar y a hacerlo como Jesús». Por ello invito a los seminaristas a un trabajo interior sobre las motivaciones que abarque todos los aspectos de la vida: «no hay nada en ustedes que deba ser descartado, sino que todo debe ser asumido y transfigurado en la lógica del grano de trigo, con el fin de convertirse en personas y sacerdotes felices, “puentes” y no obstáculos para el encuentro con Cristo para todos aquellos que se acercan a ustedes». ⁹ Sólo presbíteros y consagrados humanamente maduros y espiritualmente sólidos —es decir, personas en las que la dimensión humana y la espiritual están bien integradas y que, por ello,

son capaces de relaciones auténticas con todos— pueden asumir el compromiso del celibato y anunciar de modo creíble el Evangelio del Resucitado.

13. Se trata, por tanto, de custodiar y hacer crecer la vocación en un camino constante de conversión y de renovada fidelidad, que nunca es un recorrido meramente individual, sino que nos compromete a cuidarnos unos a otros. Esta dinámica es siempre, una vez más, obra de la gracia que abraza nuestra frágil humanidad, sanándola del narcisismo y del egocentrismo. Con fe, esperanza y caridad, estamos llamados a emprender cada día el seguimiento poniendo toda nuestra confianza en el Señor. Comunión, sinodalidad y misión no pueden realizarse, en efecto, si en el corazón de los sacerdotes la tentación de la autorreferencialidad no cede el paso a la lógica de la escucha y del servicio. Como subrayó Benedicto XVI, «el sacerdote es siervo de Cristo, en el sentido de que su existencia, configurada ontológicamente con Cristo, asume un carácter esencialmente relacional: está al servicio de los hombres en Cristo, por Cristo y con Cristo. Precisamente porque pertenece a Cristo, el sacerdote está radicalmente al servicio de los hombres: es ministro de su salvación, de su felicidad, de su auténtica liberación, madurando, en esta aceptación progresiva de la voluntad de Cristo, en la oración, en el “estar unido de corazón” a Él».¹⁰

Fidelidad y fraternidad

14. El Concilio Vaticano II situó el servicio específico de los presbíteros dentro de la igual dignidad y fraternidad de todos los bautizados, como bien lo atestigua el Decreto *Presbyterorum ordinis*: «Los sacerdotes del Nuevo Testamento, aunque por razón del sacramento del Orden ejercen el ministerio de padre y de maestro, importantísimo y necesario en el pueblo y para el pueblo de Dios, sin embargo, son, juntamente con todos los fieles cristianos, discípulos del Señor, hechos partícipes de su Reino por la gracia de Dios que llama. Con todos los regenerados en la fuente del bautismo los presbíteros son hermanos

entre los hermanos, puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación se exige a todos».¹¹ Dentro de esta fraternidad fundamental, que tiene su raíz en el Bautismo y une a todo el pueblo de Dios, el Concilio destaca el vínculo fraternal particular entre los ministros ordenados, fundado en el mismo sacramento del Orden: «Los presbíteros, constituidos por la Ordenación en el Orden del Presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental, y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio [...]. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad».¹² La fraternidad presbiteral, por lo tanto, antes que ser una tarea que hay que realizar, es un don inherente a la gracia de la Ordenación. Hay que reconocer que este don nos precede: no se construye sólo con la buena voluntad y en virtud de un esfuerzo colectivo, sino que es un don de la Gracia, que nos hace partícipes del ministerio del obispo y se realiza en la comunión con él y con los hermanos.

15. Sin embargo, precisamente por eso, los presbíteros están llamados a corresponder a la gracia de la fraternidad, manifestando y ratificando con su vida lo que se estipula entre ellos no sólo por la gracia bautismal, sino también por el sacramento del Orden. Ser fieles a la comunión significa, en primer lugar, superar la tentación del individualismo, que mal se compagina con la acción misionera y evangelizadora que siempre concierne a la Iglesia en su conjunto. No en vano, el Concilio Vaticano II se refirió a los presbíteros casi siempre en plural: ¡ningún pastor existe por sí solo! El mismo Señor «instituyó a doce para que estuvieran con él» (Mc 3,14); esto significa que no puede existir un ministerio desvinculado de la comunión con Jesucristo y con su cuerpo, que es la Iglesia. Hacer cada vez más visible esta dimensión relacional y de comunión del ministerio ordenado, conscientes de que la unidad de la Iglesia deriva «de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»,¹³ es uno de los principales retos para el futuro, sobre todo en un mundo marcado por guerras, divisiones y discordias.

16. La fraternidad presbiteral debe considerarse, por lo tanto, como un elemento constitutivo de la identidad de los ministros,¹⁴ no sólo como un ideal o un eslogan, sino como un aspecto en el que comprometerse con renovado vigor. En este sentido, se ha hecho mucho aplicando las indicaciones de *Presbyterorum ordinis* (cf. n. 8), pero queda mucho por hacer, comenzando, por ejemplo, por la equiparación económica entre los que sirven en parroquias pobres y los que ejercen su ministerio en comunidades acomodadas. Además, hay que tener en cuenta que, en varios países y diócesis, aún no se garantiza la necesaria previsión para la enfermedad y la vejez. El cuidado recíproco, en particular la atención a los hermanos más solos y aislados, así como a los enfermos y ancianos, no puede considerarse menos importante que el cuidado del pueblo que se nos ha confiado. Esta es una de las instancias fundamentales que he recomendado a los sacerdotes con motivo de su reciente Jubileo. «¿Cómo podríamos nosotros, ministros, ser constructores de comunidades vivas, si no reinara ante todo entre nosotros una fraternidad efectiva y sincera?». ¹⁵

17. En muchos contextos, especialmente en los occidentales, se abren nuevos retos para la vida de los presbíteros, relacionados con la movilidad actual y la fragmentación del tejido social. Esto hace que los sacerdotes ya no estén insertados en un contexto cohesionado y creyente que apoyaba su ministerio en tiempos pasados. En consecuencia, están más expuestos a las derivas de la soledad, que apaga el impulso apostólico y puede provocar un triste repliegue sobre sí mismos. También por esto, siguiendo las indicaciones de mis predecesores,¹⁶ espero que en todas las Iglesias locales surja un compromiso renovado para invertir y promover formas posibles de vida en común, de modo que «los presbíteros encuentren mutua ayuda en el cultivo de la vida espiritual e intelectual, puedan cooperar mejor en el ministerio y se libren de los peligros que pueden sobrevenir por la soledad». ¹⁷

18. Por otra parte, hay que recordar que la comunión presbiteral nunca puede determinarse como un aplanamiento de los individuos,

de los carismas o de los talentos que el Señor ha derramado en la vida de cada uno. Es importante que, en los presbiterios diocesanos, gracias al discernimiento del obispo, se logre encontrar un punto de equilibrio entre la valorización de estos dones y la custodia de la comunión. La escuela de la sinodalidad, en esta perspectiva, puede ayudar a todos a madurar interiormente la acogida de los diferentes carismas en una síntesis que consolide la comunión del presbiterio, fiel al Evangelio y a las enseñanzas de la Iglesia. En un tiempo de gran fragilidad, todos los ministros ordenados están llamados a vivir la comunión volviendo a lo esencial y acercándose a las personas, para custodiar la esperanza que se hace realidad en el servicio humilde y concreto. En este horizonte, sobre todo el ministerio del diácono permanente, configurado con Cristo Siervo, es signo vivo de un amor que no se queda en la superficie, sino que se inclina, escucha y se entrega. La belleza de una Iglesia formada por presbíteros y diáconos que colaboran, unidos por la misma pasión por el Evangelio y atentos a los más pobres, se convierte en un testimonio luminoso de comunión. Según la palabra de Jesús (cf. Jn 13,34-35), es de esta unidad, arraigada en el amor recíproco, de donde el anuncio cristiano recibe credibilidad y fuerza. Por eso, el ministerio diaconal, especialmente cuando se vive en comunión con la propia familia, es un don que hay que conocer, valorar y apoyar. El servicio, discreto pero esencial, de hombres dedicados a la caridad nos recuerda que la misión no se cumple con grandes gestos, sino unidos por la pasión por el Reino y con la fidelidad cotidiana al Evangelio.

19. Una imagen feliz y elocuente de la fidelidad a la comunión es sin duda la que presenta san Ignacio de Antioquía en la Carta a los Efesios: «También conviene caminar de acuerdo con el pensamiento de vuestro obispo, lo cual vosotros ya hacéis. Vuestro presbiterio, justamente reputado, digno de Dios, está conforme con su obispo como las cuerdas a la cítara. Así en vuestro sinfónico y armonioso amor es Jesucristo quien canta [...]. Es, pues, provechoso para vosotros el ser una inseparable unidad, a fin de participar siempre de Dios».¹⁸

Fidelidad y sinodalidad

20. Llego a un punto que me interesa especialmente. Al hablar de la identidad de los sacerdotes, el Decreto *Presbyterorum ordinis* destaca ante todo el vínculo con el sacerdocio y la misión de Jesucristo (cf. n. 2) y señala luego tres coordenadas fundamentales: la relación con el obispo, que encuentra en los presbíteros «colaboradores y consejeros necesarios», con los que mantiene una relación fraterna y amistosa (cf. n. 7); la comunión sacramental y la fraternidad con los demás presbíteros, de modo que juntos contribuyan «a una misma obra» y ejerzan «un único ministerio», trabajando todos «por la misma causa», aunque se ocupen de tareas diferentes (n. 8); la relación con los fieles laicos, entre los cuales los presbíteros, con su tarea específica, son hermanos entre hermanos, compartiendo la misma dignidad bautismal, uniendo «sus esfuerzos a los de los fieles laicos» y aprovechando «su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder reconocer juntos los signos de los tiempos». En lugar de destacar o concentrar todas las tareas en sí mismos, «descubran con el sentido de la fe los multiformes carismas de los seglares, tanto los humildes como los más elevados» (n. 9).

21. En este campo aún queda mucho por hacer. El impulso del proceso sinodal es una fuerte invitación del Espíritu Santo a dar pasos decididos en esta dirección. Por eso reitero mi deseo de «invitar a los sacerdotes [...] a abrir de alguna manera su corazón y a participar en estos procesos»¹⁹ que estamos viviendo. En este sentido, la segunda sesión de la XVI Asamblea sinodal, en su Documento final,²⁰ propuso una conversión de las relaciones y los procesos. Parece fundamental que, en todas las Iglesias particulares, se emprendan iniciativas adecuadas para que los presbíteros puedan familiarizarse con las directrices de este Documento y experimentar la fecundidad de un estilo sinodal de Iglesia.

22. Todo ello requiere un compromiso formativo a todos los niveles, en particular en el ámbito de la formación inicial y permanente de los

sacerdotes. En una Iglesia cada vez más sinodal y misionera, el ministerio sacerdotal no pierde nada de su importancia y actualidad, sino que, por el contrario, podrá centrarse más en sus tareas propias y específicas. El desafío de la sinodalidad —que no elimina las diferencias, sino que las valoriza— sigue siendo una de las principales oportunidades para los sacerdotes del futuro. Como recuerda el citado Documento final, «los presbíteros están llamados a vivir su servicio con una actitud de cercanía a las personas, de acogida y de escucha de todos, abriéndose a un estilo sinodal» (n. 72). Para implementar cada vez mejor una eclesiológica de comunión, es necesario que el ministerio del presbítero supere el modelo de un liderazgo exclusivo, que determina la centralización de la vida pastoral y la carga de todas las responsabilidades confiadas sólo a él, tendiendo hacia una conducción cada vez más colegiada, en la cooperación entre los presbíteros, los diáconos y todo el Pueblo de Dios, en ese enriquecimiento mutuo que es fruto de la variedad de carismas suscitados por el Espíritu Santo. Como nos recuerda *Evangelii gaudium*, el sacerdocio ministerial y la configuración con Cristo Esposo no deben llevarnos a identificar la potestad sacramental con el poder, ya que «la configuración del sacerdote con Cristo Cabeza —es decir, como fuente capital de la gracia— no implica una exaltación que lo coloque por encima del resto».²¹

Fidelidad y misión

23. La identidad de los presbíteros se constituye en torno a su ser para y es inseparable de su misión. De hecho, quien «pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando introspectivamente en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo, el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda».²² Como enseñaba san Juan Pablo II, «los presbíteros son, en

la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu»²³. Así, la vocación sacerdotal se desarrolla entre las alegrías y las fatigas de un servicio humilde a los hermanos, que el mundo a menudo desconoce, pero del que tiene una profunda sed: encontrar testigos creyentes y creíbles del Amor de Dios, fiel y misericordioso, constituye una vía primordial de evangelización.

24. En nuestro mundo contemporáneo, caracterizado por ritmos acelerados y por la ansiedad de estar hiperconectados, lo que a menudo nos vuelve frenéticos y nos induce al activismo, hay al menos dos tentaciones que se insinúan contra la fidelidad a esta misión. La primera consiste en una mentalidad eficientista según la cual el valor de cada uno se mide por el rendimiento, es decir, por la cantidad de actividades y proyectos realizados. Según esta forma de pensar, lo que haces está por encima de lo que eres, invirtiendo la verdadera jerarquía de la identidad espiritual. La segunda tentación, por el contrario, se califica como una especie de quietismo: asustados por el contexto, nos encerramos en nosotros mismos, rechazando el desafío de la evangelización y adoptando un enfoque perezoso y derrotista. Por el contrario, un ministerio gozoso y apasionado —a pesar de todas las debilidades humanas— puede y debe asumir con ardor la tarea de evangelizar todas las dimensiones de nuestra sociedad, en particular la cultura, la economía y la política, para que todo sea recapitulado en Cristo (cf. Ef 1,10). Para vencer estas dos tentaciones y vivir un ministerio gozoso y fecundo, cada sacerdote debe permanecer fiel a la misión que ha recibido, es decir, al don de la gracia transmitido por el obispo durante la Ordenación sacerdotal. La fidelidad a la misión significa asumir el paradigma que nos entregó san Juan Pablo II cuando recordó a todos que la caridad pastoral es el principio que unifica la vida del sacerdote.²⁴

Es precisamente manteniendo vivo el fuego de la caridad pastoral, es decir, el amor del Buen Pastor, como cada sacerdote puede encontrar el equilibrio en la vida cotidiana y saber discernir lo que es beneficioso y lo que es *proprium* del ministerio, según las indicaciones de la Iglesia.

25. La armonía entre la contemplación y la acción no debe buscarse mediante la adopción apresurada de esquemas operativos o mediante un simple equilibrio de actividades, sino asumiendo como central en el ministerio la dimensión pascual. Darse sin reservas, en cualquier caso, no puede ni debe implicar la renuncia a la oración, al estudio, a la fraternidad sacerdotal, sino que, por el contrario, se convierte en el horizonte en el que todo se comprende en la medida en que se orienta al Señor Jesús, muerto y resucitado para la salvación del mundo. De este modo se cumplen también las promesas hechas en la Ordenación que, junto con el desapego de los bienes materiales, realizan en el corazón del presbítero una búsqueda perseverante y una adhesión a la voluntad de Dios, haciendo así que Cristo se manifieste en cada una de sus acciones. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se huye de todo personalismo y de toda celebración de uno mismo, a pesar de la exposición pública a la que a veces obliga el cargo. Educado por el misterio que celebra en la santa liturgia, todo sacerdote debe «desaparecer para que permanezca Cristo, hacerse pequeño para que Él sea conocido y glorificado, gastándose hasta el final para que a nadie falte la oportunidad de conocerlo y amarlo».²⁵ Por eso, la exposición mediática, el uso de las redes sociales y de todos los instrumentos disponibles hoy en día debe evaluarse siempre con sabiduría, tomando como paradigma del discernimiento el del servicio a la evangelización. «Todo me está permitido, pero no todo es conveniente» (1 Co 6,12).

26. En cualquier situación, los presbíteros están llamados a dar una respuesta eficaz, mediante el testimonio de una vida sobria y casta, al gran anhelo de relaciones auténticas y sinceras que se encuentra en la sociedad contemporánea, dando testimonio de una Iglesia que sea «ser fermento eficaz de los vínculos, las relaciones y la fraternidad de

la familia humana», «capaz de alimentar las relaciones: con el Señor, entre hombres y mujeres, en las familias, en las comunidades, entre todos los cristianos, entre los grupos sociales, entre las religiones».²⁶ Para ello es necesario que sacerdotes y laicos, todos juntos, realicen una verdadera conversión misionera que oriente a las comunidades cristianas, bajo la guía de sus pastores, «al servicio de la misión que los fieles llevan a cabo en la sociedad, en la vida familiar y laboral». Como observó el Sínodo, «de este modo, quedará más claro que la parroquia no está centrada en sí misma, sino orientada a la misión y llamada a apoyar el compromiso de tantas personas que, de diferentes maneras, viven y dan testimonio de su fe en su profesión y en las actividades sociales, culturales y políticas».²⁷

Fidelidad y futuro

27. Espero que la celebración del aniversario de los dos Decretos conciliares y el camino que estamos llamados a compartir para concretarlos y actualizarlos se traduzcan en un renovado Pentecostés vocacional en la Iglesia, suscitando santas, numerosas y perseverantes vocaciones al sacerdocio ministerial, para que nunca falten obreros para la mies del Señor. Y que se despierte en todos nosotros la voluntad de comprometernos profundamente en la promoción vocacional y en la oración constante al Dueño de la mies (cf. Mt 9,37-38).

28. Sin embargo, junto con la oración, la escasez de vocaciones al sacerdocio —especialmente en algunas regiones del mundo— exige que todos revisemos la capacidad generativa de las prácticas pastorales de la Iglesia. Es cierto que a menudo los motivos de esta crisis pueden ser diversos y múltiples y, en particular, depender del contexto sociocultural, pero, al mismo tiempo, debemos tener el valor de hacer a los jóvenes propuestas fuertes y liberadoras y de que en las Iglesias particulares crezcan «los ambientes y las formas de pastoral juvenil impregnadas del Evangelio, donde puedan manifestarse y madurar las vocaciones a la entrega total de sí».²⁸ Con la certeza de que el Señor nunca deja de llamar (cf. Jn 11,28), es necesario tener siempre

presente la perspectiva vocacional en todos los ámbitos pastorales, en particular en los juveniles y familiares. Recordémoslo: ¡no hay futuro sin el cuidado de todas las vocaciones!

29. Para concluir, doy gracias al Señor, que siempre está cerca de su pueblo y camina con nosotros, llenando nuestros corazones de esperanza y paz, para llevarlas a todos. «Hermanos y hermanas, quisiera que este fuera nuestro primer gran deseo: una Iglesia unida, signo de unidad y comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado». ²⁹ Y doy las gracias a todos ustedes, pastores y fieles laicos, que abren su mente y corazón al mensaje profético de los Decretos conciliares *Presbyterorum ordinis* y *Optatam totius* y se disponen, juntos, a nutrirse y estimularse mutuamente para el camino de la Iglesia. Encomiendo a todos los seminaristas, diáconos y presbíteros a la intercesión de la Virgen Inmaculada, Madre del Buen Consejo, y a san Juan María Vianney, patrono de los párrocos y modelo de todos los sacerdotes. Como solía decir el santo Cura de Ars: «El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús». ³⁰ Un amor tan fuerte que disipa las nubes de la rutina, el desánimo y la soledad, un amor total que se nos da en plenitud en la Eucaristía. Amor eucarístico, amor sacerdotal.

Dado en Roma, junto a san Pedro, el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del Año jubilar 2025, primero de mi Pontificado.

LEÓN PP. XIV

NOTAS

[1] Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal, Proemio.

[2] Cf. S. J.H. Newman, *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, Notre Dame 2024. En este sentido, recuerdo el llamamiento de *Optatam totius* (n. 16) a la renovación y promoción de los estudios eclesiásticos, aún en curso.

[3] Cf. Sínodo de los Obispos, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. Documento preparatorio (2021), 1; Francisco, *Discurso con motivo de la conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos* (17 octubre 2015).

[4] Benedicto XVI, Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1.

- [5] Id., Homilía durante la Misa de clausura del Año sacerdotal (11 junio 2010).
- [6] «Preguntando a Pedro si lo amaba, no lo preguntaba porque necesitase saber el amor del discípulo, sino porque quería manifestar el exceso de su amor» (S. Juan Crisóstomo, *De sacerdotio II*, 1: Sch 272, París 1980, 104, 48-51).
- [7] Congregación para el clero, *El Don de la vocación presbiteral*. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis (8 diciembre 2016), 57.
- [8] Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional “Sacerdotes felices – ‘Yo los llamo amigos’ (Jn 15,15)” promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).
- [9] Meditación con motivo del Jubileo de los seminaristas (24 junio 2025).
- [10] Benedicto XVI, Catequesis (24 junio 2009).
- [11] Conc. Eum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (7 diciembre 1965), 9.
- [12] *Ibid.*, 8.
- [13] S. Cipriano, *De dominica oratione*, 23: CCSL 3 A, Turnhout 1976, 105.
- [14] Cf. Congregación para el Clero, *El Don de la vocación presbiteral*. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis (8 diciembre 2016), 87-88.
- [15] Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional “Sacerdotes felices—‘Yo los llamo amigos’ (Jn 15,15)” promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).
- [16] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 61; Benedicto XVI, Carta ap. en forma de «Motu proprio» *Ministrorum institutio* (16 enero 2013).
- [17] Conc. Eum. Vat. II, Decr. *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (7 diciembre 1965), 8.
- [18] S. Ignacio de Antioquía, *Ad Ephesios*, 4, 1-2: Sch 10, París 1969 4, 72.
- [19] A los participantes en el Jubileo de los equipos sinodales y de los organismos de participación (24 octubre 2025).
- [20] Cf. Sínodo de los Obispos, Documento final de la Segunda Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria *Por una Iglesia sinodal: comunión participación y misión* (26 octubre 2024).
- [21] Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 104.
- [22] Id., Homilía durante la Santa Misa crismal (17 abril 2014).
- [23] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsin. *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 15.
- [24] Cf. *ibid.*, 23.
- [25] Homilía durante la Santa Misa *pro Ecclesia* (9 mayo 2025).
- [26] Sínodo de los Obispos, Documento final de la Segunda Sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria *Por una Iglesia sinodal: comunión participación y misión* (26 octubre 2024), 20; 50.
- [27] *Ibid.*, 59; 117.
- [28] Discurso a los participantes en el Encuentro Internacional “Sacerdotes felices – ‘Yo los llamo amigos’ (Jn 15,15)” promovido por el Dicasterio para el Clero con motivo del Jubileo de los sacerdotes y seminaristas (26 junio 2025).
- [29] Homilía con motivo del inicio del Ministerio petrino del Obispo de Roma (18 mayo 2025).
- [30] «*Le Sacerdoce, c'est l'amour du cœur de Jésus*», en Bernard Nodet, *Le curé d'Ars*. Sa pensée, son cœur, París 1995, 98.

**DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV
A LAS COMUNIDADES DE CUATRO SEMINARIOS ESPAÑOLES:
ALCALÁ DE HENARES, TOLEDO,
INTERDIOCESANO DE CATALUÑA Y CARTAGENA**

**Sala Clementina
Sábado, 28 de febrero de 2026**

Queridos hermanos en el episcopado, Eminencia, sacerdotes, seminaristas y familiares:

El seminario es siempre un signo de esperanza para la Iglesia; de ahí que encontrarme con vosotros —tanto con quienes estáis recorriendo esta etapa como con quienes tenéis la responsabilidad de acompañarla— sea para mí un motivo de verdadera alegría.

Podría hablar de muchos aspectos importantes para vuestra formación, sobre los que ya he tenido ocasión de escribir en la carta que envié al Seminario de San Carlos y San Marcelo en Trujillo, Perú —institución de la que formé parte durante varios años—, y que os animaría a leer cuando tengáis ocasión. Pero hoy quisiera centrarme en algo que sostiene silenciosamente todo lo demás y que, precisamente por eso, corre el riesgo de darse por supuesto sin ser cultivado: el tener una mirada sobrenatural de la realidad.

Hay una frase del autor Chesterton que puede servir como clave de lectura de todo lo que quisiera compartir con vosotros: “Quitad lo sobrenatural y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural” (cf. *Heretics*, VI). El hombre no está hecho para vivir cerrado en sí mismo, sino en relación viva con Dios. Cuando esa relación se oscurece o se debilita, la vida comienza a desordenarse desde dentro. Lo antinatural no es sólo lo escandaloso, basta con vivir prescindiendo de Dios en lo cotidiano, dejándolo al margen de los criterios y de las decisiones con los que se afronta la existencia.

Y, si esto es cierto para todo cristiano, lo es de un modo particularmente serio en el camino de formación hacia el sacerdocio. ¿Qué

podría haber más antinatural que un seminarista o un sacerdote que habla de Dios con familiaridad, pero vive interiormente como si su presencia existiera sólo en el plano de las palabras, y no en el espesor de la vida? Nada sería más peligroso que acostumbrarse a las cosas de Dios sin vivir de Dios. Por eso, en el fondo, todo comienza —y vuelve siempre— a la relación viva y concreta con Aquel que nos ha elegido sin mérito nuestro.

Tener visión sobrenatural no significa huir de la realidad, sino aprender a reconocer la acción de Dios en lo concreto de cada jornada; una mirada que no se improvisa ni se delega, sino que se aprende y se ejercita en lo ordinario de la vida. Precisamente por eso, si la visión sobrenatural es tan decisiva para la vida cristiana a mayor razón lo es para quien actuará in persona Christi, y ya desde la etapa formativa merece ser custodiada con especial atención, porque es el principio que da unidad a todo lo demás.

Esta mirada creyente de la realidad necesita traducirse cada día en opciones concretas de vida; de lo contrario, incluso las prácticas intrínsecamente buenas —como el estudio, la oración, la vida comunitaria— pueden vaciarse interiormente y desnaturalizarse, volviéndose mero cumplimiento. Un modo sencillo y probado para custodiar esta mirada es ejercitarse en la práctica de la presencia de Dios, que mantiene el corazón despierto y la vida constantemente referida a Él.

La Sagrada Escritura expresa esta verdad con una imagen sencilla en el salmo primero, cuando describe al justo como «un árbol plantado al borde de las aguas, que produce fruto a su debido tiempo y cuyas hojas no se marchitan» (v. 3). No es fructuoso por la ausencia de dificultades, sino por el lugar donde ha echado raíces. El viento, el invierno, la sequía o la poda forman parte de su crecimiento, pero ni la tormenta ni la aridez lo destruyen cuando sus raíces son profundas y están cerca de la fuente. La misma Escritura conoce, sin embargo, la paradoja de la higuera que no da fruto pese al cuidado recibido (cf. Lc 13,6-9).

Se dice que los árboles “mueren de pie”: permanecen erguidos, conservan la apariencia, pero por dentro ya están secos. Algo semejante

puede ocurrir en la vida del seminario o de un seminarista —y más tarde en la vida de un sacerdote— cuando se confunde la fecundidad con la intensidad de las actividades o con el cuidado meramente exterior de las formas. La vida espiritual no da fruto por lo que se ve, sino por lo que está profundamente arraigado en Dios. Cuando esa raíz se descuida, todo acaba secándose por dentro, hasta que, silenciosamente, se termina por “morir de pie”.

En el fondo, la mirada sobrenatural nace de lo más sencillo y decisivo de la vocación: estar con el Maestro. Jesús llamó a los que quiso «para que estuvieran con Él» (Mc 3,14). Ese es el fundamento de toda formación sacerdotal, permanecer con Él y dejarse formar desde dentro; ver a Dios actuar y reconocer cómo Él obra en la propia vida y en la de su pueblo. Por eso, aunque los medios humanos, la psicología y las herramientas formativas sean valiosos y necesarios, no pueden sustituir esta relación. El verdadero protagonista de este camino es el Espíritu Santo, que configura el corazón, enseña a corresponder a la gracia y prepara una vida fecunda al servicio de la Iglesia. Todo comienza ahora, en lo ordinario de cada día, allí donde cada uno decide si permanece con el Señor o intenta sostenerse sólo en sus propias fuerzas.

Queridos hijos, os agradezco, en nombre de la Iglesia, la generosidad de haber decidido seguir al Señor. Hacedlo siempre con la certeza de que no camináis solos: Cristo os precede, María Santísima os acompaña y la Iglesia entera os sostiene con su oración.

Finalmente quiero agradecer de manera especial a todas las familias aquí presentes.

Confiados entonces en esta certeza, avanzad con paz y con fidelidad. Que el Señor os bendiga. Muchas gracias.

